

PARACUELLOS DEL JARAMA

«Paracuellos del Jarama» —título genérico con el que para entendernos y por ser el del primer episodio me referiré a la última serie de Carlos Giménez— es quizá la primera obra global, y me refiero a series continuadas y no a historietas sueltas, que reconcilia a la historieta española con la cultura. Al menos con la cultura entendida en el sentido de vehículo ideológico al servicio de las conquistas materiales del pueblo.

«Paracuellos» es una meditación, mediante una excelente narrativa, sobre el mundo de la infancia reprimida por una mentalidad fascista; mentalidad a la que hay que sumar la bravuconería aportada por la victoria conseguida sobre las clases populares en la guerra civil y en cuyo haber hay que cargar, entre otras muchas cosas, el intento de anular cualquier forma de expresión, cualquier posibilidad creadora que posibilite el camino hacia la libertad. Aunque en este caso la libertad se reduce a un universo infantil que se negaba a aceptar una estructura y una educación paramilitares, irracionales y terroríficas, impuestas a cambio de una miserable ración alimenticia que los vencedores concedían «magnánimamente» a los hijos de sus víctimas. Ración además tan insuficiente como, muchas veces, inexistente, tal y como Carlos Giménez nos recuerda en más de una ocasión.

Es imposible llegar a determinar, ni por mera aproximación, el inmenso mal que hizo el fascismo entre toda la generación de españoles que pasó por las aulas entre los años cuarenta y cincuenta. Niños que aprendimos a vivir con unos ideales que nos marcarían, nos frustrarían, por el resto de nuestra vida, dejándonos como única salida la alienación más absoluta. Ha sido necesario un proceso de lecturas prohibidas y

PARACUELLOS DEL JARAMA, por Carlos Giménez. Historietas completas de dos páginas, publicadas seriadamente en la revista de humor *Muchas Gracias* y en la revista *Yes*. Barcelona, 1976.

reuniones nocturnas con sabor a riesgo compartido para que algunos pocos lograran escapar a esta situación por la vía de reconciliarse con la razón y la historia. No en vano la búsqueda de una identidad arrebatada, negada y falsificada es una de las constantes del artista español contemporáneo.

En otra ocasión he hablado ya de Carlos Saura y «La prima Angélica» o de Luis García y «Chicharras». Quiero recordar ahora, porque me parece una referencia importante, el «Si te dicen que caí» de Joan Marsé, novela en la que la libertad casi total de la que parecen gozar sus protagonistas nos remite —aunque sea por contraposición— al universo carcelario de «Paracuellos», formando ambas obras las dos caras de una misma realidad: la de un sistema social incapaz de resolver los problemas más elementales, precisamente porque se basa en la irracional negación de la existencia de dichos problemas. A los niños de los barrios obreros o se les dejó en la calle —porque no interesó que hubiese escuelas públicas, de acuerdo con la factura que pasaba la Iglesia por su ayuda en la guerra civil— o, cuando la situación familiar no dejaba otra alternativa, se les encerró en cárceles púdicamente llamadas «Hogares».

Me parece absurdo entrar en el análisis de si tal situación, reflejada en la serie de Carlos Giménez, es o no real. Todo ello sucedió una y mil veces y no de una forma disimulada, a escondidas, sino a plena luz y con vanagloria por parte de sus responsables: la Sección Femenina y Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Me parece lógico que quien ha vivido la experiencia en su propia carne —como es el caso de Carlos Giménez— denuncie el hecho con toda la rabia de verse individualmente impotente para cambiar el curso de los acontecimientos. Rabia que le llevará algunas veces a la peligrosa frontera entre la crueldad y la sensiblería, entre el rigor analítico y la nostalgia de la infancia perdida. Pero más lógico me parece aún que el lector asuma dicha sensiblería y haga suya esta nostalgia para que por un camino inverso llegue al punto de partida del autor. Recorde-



mos lo que el profesor Aranguren ha escrito: «No tengo simpatía por ninguna actitud *anti*. Sin embargo, creo que el antifascismo es un imperativo moral, el único, quizá, políticamente categórico».

¿Es posible justificar de algún modo la angustia, la soledad, el hambre, la sed, el terror de estos niños que responden a unos estímulos basados en la corrupción, el sadismo, la crueldad y el fanatismo de sus celadores? Carlos Giménez se ha servido para describir este universo de unos elementos muy simples, casi esquemáticos —viñetas pequeñas, numerosas e iguales, enfoques y planificación reiterativos, cabezas y ojos aumentados hasta la deformación, puertas y escaleras, paredes y muros vistos desde el exterior, etc.—, pero de difícil combinación cuando se pretende dar la sensación de rutina y monotonía sin que las secuencias sean aburridas para el lector. Cabe en este caso hablar con toda propiedad de una funcionalidad de las viñetas, en las que se ha prescindido de elementos superfluos, que marca una ruptura icónica en la obra de su autor.

Existen, evidentemente, altibajos entre los distintos episodios de la serie. En alguno de ellos predomina quizá demasiado la componente sentimental de la que antes hablaba. En otros, la lúcida crítica de la irracionalidad es casi perfecta. Quisiera destacar, porque me parecen simplemente obras maestras, los episodios titulados «La visita», «La paliza» y «El milagro». ■ Antoni SEGARRA.